

Ideas

Raúl Silva Holguín

El abogado poeta. Nos contaba don Hernando Velasco Madriñan, que el poeta don Ricardo Nieto hacía versos al margen de las escrituras públicas que firmaba como Notario en Cali y hasta escribía poemas en el anverso de las tarjetas de invitación que le hacían sus amigos. Esto no es, en verdad, de mucha trascendencia, si recordamos a Gustavo Adolfo Bécquer y al inmortal Cervantes. Pero lo que si nos deja perplejos, con admirada complacencia, es el talento y la buena suerte que acompañan a nuestro dilecto colega, doctor Javier Tafur González, un hombre joven, de quien se espera muchísimo, tanto en los campos de la poesía como del derecho.

Su novela "Jovita" fue un éxito económico y artístico. No escogió al fundador de radiante armadura de acero, ni a la dama de crinolina azul con piedras preciosas y corona de oro, ni despolvó pergaminos para buscar la esencia de viejas leyendas que inmortalizaron a la hidalga ciudad de Cali. ¡No! Se inspiró en una desgraciada loca con delirios de reina. ¡Y logró su cometido!.

Hemos considerado a Javier Tafur González como un poeta lírico, según nos lo enseñan los doctos en el asunto. Así se dice "el objeto de la poesía lírica puede versar sobre cualquier objeto que dé ocasión para expresar la situación personal del poeta, los movimientos de su vida íntima. Es indiferente que adopte la forma directa o mixta: lo esencial es que la situación individual del autor constituya el fondo, la unidad, de la composición. Lo que distingue este género es, no el asunto, sino el modo de tratarlo". "Para que esta clase de poesía tenga valor poético", dice Coll y Vehí, "es preciso que constituyan su fondo los sentimientos generales del hombre o las profundas verdades de la conciencia. Cuando en las poesías líricas de un autor, además de la historia de su alma, no se encuentra nada que interese vivamente a los demás hombres, dicho autor podrá ser un versificador excelente, o a lo más un hábil retórico, mas no merece el dictado de poeta".

El doctor Javier Tafur González, hombre sencillo, sin aspavientos de erudito, sin la melena larga y casposa, sin el atuendo frívolo del corbatín hecho con la cinta negra, sin ser un beodo, trasnochador y amante del opio y la morfina, luce en cualquier tertulia con su chispa de ingenio, muchas veces con dosis de ironía, pero las más, con la gracia de un hombre que sabe los malabares del chiste. Otra cosa muy importante: sabemos que el joven abogado no es rico, ni tiene mecenas en los altos mandos del gobierno, de la banca o de la industria; sin embargo, publica y vende y ¡no bagatelas de poca monta!; son señores libros, impresos en el mejor papel y en la mejor impresora de la ciudad... Es caso bastante difícil de comprender, porque todos los artistas, a excepción de los audaces mercaderes del arte, requieren apoderados para vender. Cantantes, novelistas, actores de cine, pintores y escultores y hasta toreros, necesitan de un apoderado que se encargue de ofrecer, de negociar, de pedir de contado y hasta de enganar, para lograr la fama del maestro. Javier Tafur González lo hace, no sabemos cómo... Y así va por el mundo, cantando, sólo cantando... La rosa y el niño y el turpial; la lumbre en unos ojos divinos de mujer, la gota de tinta en el papel, la hormiguita y el gusano, los pimpollos del rosal, la calle solitaria sin el perfume de una mujer, la luz azul de la mañanas, todo es poesía, todo es canto y ensueño para este noble vallecaucano.